

Los cachorros de ETA

El grupo de jóvenes que se reunió en Burlada la noche del 23 de marzo de 1996 eligió minuciosamente su objetivo. El concesionario Lipauto, en la calle Mayor de la localidad, ya había sido atacado en quince ocasiones. Pero la de aquella noche iba a ser la definitiva: tras reventar el cristal del local y rociarlo de arriba abajo con gasolina, le prendieron fuego. El incendio fue devastador. Apenas unas pocas vigas quedaron en pie y el gerente del negocio, **Juan José Artuch**, se vio obligado a cerrar la planta, despedir a todos sus trabajadores, hacer las maletas y marcharse con su familia a Badajoz, ciudad en la que empezó una nueva vida, no sin dificultades, pero lejos de la violencia de la *kale borroka*. “Tuvimos una cierta impresión de que nos habían echado de la sociedad”, recuerda ahora, 18 años después.

Las autoridades detuvieron a ocho jóvenes —cuatro de ellos, menores de edad— por su implicación en el atentado. Todos ellos fueron trasladados a Madrid para ser juzgados por un delito de colaboración con banda armada, pero la Audiencia Nacional no consideró los hechos como un acto terrorista y derivó el caso a los juzgados de Pamplona. Después de varios meses, se les condenó a pagar multas de entre 150.000 y 600.000 pesetas (900 y 3.600 euros); todos ellos quedaron en libertad. Dos de esos jóvenes, **Francisco Ruiz** e **Ibai Ayensa**, no tardaron en ser captados por ETA para integrarse en el comando Ekaitza, el mismo que pocos años después acabaría asesinando a sangre fría al concejal **Tomás Caballero** y al subteniente del Ejército **Francisco Casanova**.

El camino que emprendieron Ruiz y Ayensa ya había sido recorrido por muchos jóvenes en las décadas anteriores. Felisa, de 55 años, vecina del Casco Viejo de Pamplona, era consciente de ello. Su hijo era uno de aquellos chicos de la *kale borroka* que, en los años noventa, causaba estragos en la capital foral. “Sí que he llegado a pensar que pueda participar en un atentado —reconoció la mujer—. Sé que muchos de los que empiezan en Jarrai acaban luego en ETA”.

El lamento de Felisa era de sobra conocido por los responsables de la lucha antiterrorista: en 1992, la Guardia Civil y la Policía francesa desarticularon a la cúpula de la banda en la localidad gala de Bidart. Entre los detenidos figuraba **José Luis Álvarez Santacristina**, *Txelis* —considerado como el ideólogo de la *kale borroka*—, al que se le intervino un documento en el que dividía a los promotores del terrorismo callejero en dos grupos: el X y el Y. Mientras los primeros no tenían una organización aparente, los segundos funcionaban con estructuras muy similares a las de los co-

mandos de ETA, perpetrando algunos atentados contra objetivos concretos; muchos de ellos, con nombres y apellidos.

“Nos dimos cuenta de que estábamos en el ojo del huracán”, aseguró **Luis María Iriarte**, alcalde de Zizur Mayor, después de que, en diciembre de 2001, un grupo de encapuchados colocara un artefacto casero en la puerta de su vivienda. “Me conocían perfectamente. A mí y a mi familia. Sabían dónde vivíamos, a qué me dedicaba...”, explicó **Paulino Carrero**, guardia civil que sufrió la explosión de una bomba en el rellano de su casa, en el barrio pamplonés de la Chantrea, en 1998.

Este terrorismo de ‘baja intensidad’ tenía dos objetivos claramente definidos: el primero, que la sociedad viviera sumida en una permanente sensación de caos y violencia, para así ejercer una mayor presión al Estado y a sus agentes en la consecución de los objetivos marcados por el *Movimiento de Liberación Nacional Vasco* (MLNV); el segundo, sostener campañas de hostigamiento permanente contra determinados sectores de la sociedad, como los distribuidores de marcas francesas, los miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado y, por supuesto, contra las sucursales bancarias: sólo en 1996, de los 239 ataques perpetrados por los Grupos Y en Navarra, 122 estuvieron dirigidos contra estas oficinas. **Florencio Domínguez**, experto en la historia de ETA, aún atribuye otra función a los miembros de la *kale borroka*: “Antes de matar a un miembro de estos nuevos colectivos amenazados (concejales, miembros de las FSE...), es necesario hacer desaparecer las razones para respetar su vida. Hay que desprestigiarlo hasta el punto de que los seguidores de los terroristas asuman que lo natural es que ETA ataque a estos nuevos enemigos”.

Resulta imposible comprender el funcionamiento de toda esta maquinaria sin conocer la organización bajo la que se acogían buena parte de los jóvenes radicales: “Jarraí es el foco donde han germinado los comandos de apoyo a ETA, denominados Grupos Y”, sostenía el periodista **Mikel Ormazábal**, de *Diario 16*, en un reportaje publicado en 1995. Fuentes de la lucha antiterrorista afirman que Jarraí funcionaba como “una nueva familia” para los jóvenes, que encontrarían en “los *gaztetxes*, las *txoznas* de las fiestas o las *herriko tabernas*” sus centros de reuniones habituales. La falta de una estructura interna retrasó hasta 2007 la ilegalización de un grupo que existía desde 1978, y que dio cobijo a cientos, miles de jóvenes que muy pronto recibieron el sobrenombre de los ‘cachorros de ETA’. ●